

## ¿En verdad los partidos sirven a la democracia?

Alfredo Acle Tomasini©

Decía Don Jesús Reyes Heróles que en la política mexicana - aquella que prevalecía cuando el PRI dominaba- la forma era el fondo. Es decir, lo que parecería trivial, podía tener en la práctica un mayor contenido del que aparentaba. Así, gestos tan intrascendentes como: la manera de abrazar de un presidente a una persona o la designación de otra para que lo representará en un acto público, podrían implicar mensajes cifrados, que a su vez, eran motivo de sesudos y largos análisis de los politólogos, que, propulsados por tazas de café o líquidos etílicos, dedicaban horas y horas a descifrarlos.

Ahora, la reflexión que debemos hacer es, si la actual política mexicana se ha estancado en una forma que no alcanza a tener fondo; en el debate de lo irrelevante; en estructuras que si bien son medios para la democracia, por si solas no implican que ésta en verdad se alcance y, sobretodo, se viva. Y por eso, lucen huecas y confusas.

Suponemos, - así nos lo repiten hasta la saciedad los políticos- que la simple existencia de un sistema de partidos robustece a nuestra democracia. Es cierto, en teoría éstos deberían actuar como una columna vertebral que agrupara a la ciudadanía alrededor diferentes ideologías, que representarían distintas visiones y aspiraciones respecto a la forma como se concibe el presente y el futuro del país. Así, cuando esas fuerzas políticas concurrieran en las urnas y después en el congreso, el debate nacional debería trascender en acciones que capitalizaran lo que las asemeje y que se enriquecieran de aquello que las diferencie. Pesos y contrapesos utilizados, como esos viejos arzones mecánicos de los ferrocarriles de antaño, para impulsar el movimiento, no para evitarlo.

Pero, el desempeño de los partidos expresado en las posturas y acciones de sus dirigentes y miembros que tienen un cargo de elección popular, hacen pensar que todavía estamos lejos de esa visión idealista del juego democrático, y que en la práctica, los actuales partidos políticos son estructuras de ideologías maleables, que por contar con registro - como si éste fuera una franquicia - y el financiamiento público, pueden acomodarse para servir de escala a quienes buscan el poder público, no por convicción de servicio sino por mero oportunismo.

Lo paradójico, es que los políticos que en teoría deberían vivir pulsando el parecer de la sociedad e interpretando sus sentimientos, no entienden que sus conductas no pasan desapercibidas por ésta. Más aún cuando diariamente retan a su inteligencia y sobretodo a su memoria. Basta mencionar, que tan pronto llegaron a la Cámara los nuevos diputados, se les olvidó que dado el magro desempeño de sus antecesores, la abstención superó el 60% y que ningún partido logró, ni siquiera, un número de votos que al menos fuera equivalente al 18% del padrón electoral.

Quizá, los ciudadanos comunes no contamos con los elementos que nos permitan entender el funcionamiento de nuestro sistema político, y en particular, la forma como actúan los partidos políticos y las posiciones que asumen sus representantes frente a los temas principales de la agenda nacional. Seguramente, su actuación obedece a elevadas y

profundas reflexiones cuyo entendimiento no están a nuestro alcance. Por eso vivimos confundidos y no comprendemos la sofisticación que ha alcanzado la contienda democrática a en nuestro país. Aun cuando, religiosamente, aportemos los recursos para mantener a sus actores.

Pongamos algunos de ejemplos de situaciones que nos confunden: ¿cuál es la solidez de la ideología de un partido que acoge entre sus filas a un otrora rival, porque le ve cara de ganador?; ¿Cuál es la ética política de un individuo que, despechado, se cambia al partido que antes atacaba, porque en el que militaba no lo eligió como su candidato?; ¿Cómo pueden los partidos crear alianzas oportunistas con sus acérrimos rivales, con la única finalidad de remover a otro partido de alguna gubernatura o presidencia municipal?; ¿Cómo puede decir el líder de un partido que por sus diferencias ya no dialogará con el Secretario de Gobernación, cuando precisamente la sociedad le paga para eso?; ¿Cómo un partido que se dice de izquierda, apoya la existencia de privilegios de un minoría que sólo pueden mantenerse a costa de la mayoría de los trabajadores?

Pragmatismo responderían algunos, cinismo dirían muchos. Es la obsesión por el poder, que no la vocación de servicio público lo que la mayoría percibe con desencanto. De ahí la pregunta: ¿En verdad los partidos sirven a la democracia ?